



EPÍSTOLA

Muy señora mía: Recibí su carta; aquí va su contestación; lea y medite.

Por caminos extraños, como usted los llama, ha llegado a sentir la necesidad de darse a Dios, y pregunta: ¿cómo conseguirlo?

Y yo, a mi vez, le pregunto: ¿pero en qué medida quiere darse a Dios?

¿En una medida sin medida?

¿Con toda el alma?

¿Sin reservas de ningún género?

Porque en realidad esto significa darse: otra cosa será dar algo de

sí mismo; pero darse, así, a secas, sin limitación, no.

Y lo primero que necesita para conseguirlo es que lo desee ardientemente.

Allá suelen ir nuestras obras a donde llega el ardor de nuestros deseos.

Lo que deseamos friamente lo queremos poco.

Y lo que poco queremos, lo abandonamos fácilmente como exija de nosotros algún sacrificio.

No basta desearlo con ardor, es preciso además desearlo siempre.

Allí donde el deseo falta, allí empieza el retroceso.

De buenos propósitos dícese que está lleno el infierno; de buenos deseos puedo asegurarla yo que han estado llenas muchas almas que han vuelto la espalda a Dios.

Desearon más de una vez darse a El, pero otras tantas veces dejaron de desearlo.

Y por ahí van, no estacionadas, cuesta abajo.

Después se necesita no asustarse por nada.

¿Cuántas almas hay que empezaron y no llegaron por el miedo que tuvieron a llegar!

Al darse a Dios hay que ponerse a merced de El.

Para darle lo que pida.

Para hacer lo que mande.

Para dejarse hacer lo que El más quiera.

Sin encontrarle exagerado en el pedir, ni duro en el mandar, ni tirano en el obrar.

Porque si después se llama uno a engaño, creyendo más pesada de lo que creía la carga que El impusiere, el retroceso es seguro.

No olvide que Dios es celoso y no cede nunca de su derecho a estar sobre todas las cosas.

No olvide tampoco que Dios no equivoca los golpes, son los suyos siempre muy certeros, dan donde deben dar, y que trabaja las almas con un ardor del que apenas si podemos formarnos ligera idea.

Sepa, sin embargo, también que Dios abunda en suavidad allí donde más asperezas se temen; y en dulzuras inenarrables donde se esperan amarguras mayores; y en fuerzas que hacen de ligera pluma las cruces que se creían de hierro.

Sólo que esto se gusta cuando generosamente se ha empezado a gustar lo otro.

No aligera la carga sino después de habérsela dejado cargar sin atender a su peso.

Ni endulza nuestra boca sino después de haber aplicado nuestros labios al vaso que creíamos lleno de acibar.

Si empezamos por asustarnos y llamarnos a engaño, las suavidades y dulzuras de Dios no se dejan sentir.

Y antes, y después, y siempre se necesita evitar el pecado.

No hay cosa tan destructora ni enervante como el pecado.

Ahoga los buenos deseos que se habían despertado y debilita las fuerzas para acercarse a Dios.

Añada a esto que nos aparta de Dios.

¿Quiérese mayor obstáculo para ser toda de Dios el alma?

Hago punto final: con lo escrito basta para que dé por contestada, y muy contestada, la suya fecha 25 del pasado Julio.

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 6 Agosto 1926

Núm. 655

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado)

EN DEFENSA DE LA MUERTE

La muerte no es fría, ni triste, ni fea,
Jamás su guadaña rozó la traición.
Todo son calumnias de humana ralea
Cobarde y malvada, para que se vea
Hasta dónde llega nuestra perversión.

La muerte no engaña, porque es la verdad;
La muerte no mata, que es nacer morir;
En la muerte hay vida, amor, caridad,
Redención, descanso, justicia, igualdad,
Y armonías suaves de eterno vivir.

La muerte es alegre, bonita, graciosa,
Y hay en su osamenta, pulida y hermosa,
Todos los secretos del alma nacida;
La muerte es divina, precisa, piadosa,
Es de lo más bueno que ofrece la vida.

Todo en ella es bello, porque es su beldad
obra redentora de divinidad,

Y en las oquedades que no entró el pecado,
Se atisba la gracia, se ve reflejado
El vivir glorioso de una eternidad.

Morir para el alma es ser redimida
Siempre que en lo eterno su futuro acierte;
Si al morir acierta, no hay alma perdida;
Se muere viviendo, porque así es la vida;
Se vive muriendo, porque así es la muerte.

¡Pobre de los hombres, si muerte no hubiera!
¡Pobre de las almas, si la vida fuera
El dolor eterno que jamás se va!
La muerte es la vida: vida verdadera.
Quien teme a la muerte por algo será.

M. BUJ.



Macario.—¡Tribunal barato!; sí, señor, y tan barato como es, como que no cuesta nada, no *pué* ser más barato. Yo te aseguro que, si *trebajáramos* como *trebajamos* por la paga, aunque va barata, a estas horas podíamos tener una casa en el paseo y no esta miseria y compañía que *nus* persigue como la guardia civil. Pero, claro, aquí viene la gente porque *nus* *nesecita*, que si no, no vendría un alma. Viene aquí, pues, la gente, hace sus preguntas como si te *fués* a confesar, les arreglas una miaja y preguntan, no todos, el que pregunta: ¿Cuánto son sus derechos? Y el señor Mago, que es muy *glieno*, pero que se cae a *piazos*, así que lo dejan *descuartizar*; pues el señor Mago, hay veces que se sale de madre, y dice: Lo que *usté* tenga *voluntá*... Pero, hombre, angelote de Dios, si *voluntá* no *tié* nadie *pa* *metese* la mano en el bolsillo y decir: aquí estoy yo, u aquí hay un hombre. Pero no, señor; el que más se estira hace como aquel de Lumpiaque: "Aquí les traigo este par de pichoncicos *pa* que se los coman". ¡Animal! pues ¿*pa* qué ha de ser, morral? ¿Cuánto más sencillo *hubiá* sido, y más digestible, y más provechoso, y más agradable a los ojos de Dios, haber dicho: "Ahí van cinco duros"! Y *nus* *hubiamos* *comprao* lo que *nus* *hubiá* *dao* la gana. Y quien dice cinco duros dice diez, *vainte*, *trenta*, u por ahí. Así va España, y así va la nación, y así va todo, que estamos que se *nus* *pué* *ahugar* con un pelo; otros

dicen con un cabello, que eso les *paice* más señorito. Con decir que no tenemos ni aun *constitución*, está dicho todo. Hombre, por lo menos, que *nus* traigan una *constitución*, aunque no sea más que de dos *riales* u tres. Ahura *mesmamente* me sube una cosa por la garganta, y *too* es por lo mismo, por la dichosa *constitución*. ¡Pobre tío Francisquico!, ya era viejo, pero *ahura* *paice* que ha *salio* del cementerio. Está que no *pué* más; y yo, infeliz de mí, que no *hacía* caso de la *constitución*, que me *paicia* que era una cosa así como la sarna, ganas de *rascase* uno *constitucionalmente*, es decir, como se debe rascar *tol* que está en sus cabales. Que si uno no *tié* *constitución*, pues se rasca como puede: u *s'arrima* a una *paré*, u *s'agarra* a un árbol, u se tira al suelo y da *gieltas*, propiamente como si *fuá* una caballería, ¡*Aemaría* *purisma*! Pero, amigo mío, *dende* que el tío Francisquico *m'ha* *explicao* bien la cosa, estoy que no me *puó* ver y me quitaría los hígados con el hijo del Sol, u con el sobrino, u con el *cuñao*, u con cualquiera de la familia. Lo *ques*, si yo supiera quién *nus* ha *quita*o la *constitución* esa, iba y se la pedía por justicia y, *gliena* multa, hasta que la *gomitara*, si es que se *l'había* comido, por goloso.

—Macario, ¿qué estás rezando ahí, que no paras de hablar?

—Pues aquí le estoy rezando tres partes de rosario a San Epifanio, que me duele mucho el anca *drecha* y veo *to* las estrellas del cielo.

—El santo rosario se reza a la Virgen.

—Ya *hi* *pensao*, ya; pero *m'hi* *acordao* que la Virgen tiene muchos y *hi* dicho: *déjame dásele* a San Epifanio, que nadie *s'acuerda* *del*, y *pué* que se acueste sin cenar.

—Pues, si no tiene otra cosa para cenar más que tu rosario, aviado está.

—Ya lo sé, que mis rezos, mucho hueso y poca carne; pero menos es nada.

—Y he oído algo de constitución...

—Precisamente, hombre, yo pensaba *decile* a *usté* que me comprara una, de esas baratas, por lo que fuera, que yo no sé vivir sin *constitución*. Que el señor Francisquico...

—Me lo he pensado, hijo mío, que el señor Francisquico danzaría en este asunto.

—Mire, el señor Francisquico no danza en este asunto ni en *dengún* otro, porque el señor Francisquico no es ningún danzante, eso *pa* que lo sepa *usté*. Y al señor Francisquico le pasa lo que a un servidor, que no podemos vivir, ni dormir, ni estar tranquilos, *paice* que tenemos una cosa que no *nus* deja descansar.

—Qué pasa, pues?

—Pues eso, pasa que no podemos vivir, que estamos en las últimas, como aquel que le van a dar la Unción. Y luego vas a los diarios a decir cuatro burradas, *pa* *desahogate*, ya que no *pues* coger una pistola, porque es *pior*, y está prohibido, y es *pecao*, de modo que no *pues* ni aun *quejate*, porque si te quejas *t'echan* tres *riales* de multa que te baldan. De *mo* y manera que no *pues* ni aun hablar. Antes íbamos al Parlamento y *hablábamos* *to* lo que *nus* daba la gana, u oíamos hablar a otros, que es igual. Allí *gritábamos*, *amenazábamos*, como si *nus* fuéramos a *emprender* a puñetazos; pero no pasaba nada. Salíamos de allí y ya se *t'había* *pasao* todo; pero *nus* *habíamos* *desahogao* y te quedabas más ancho *quél* Ebro.

—Pero, por Dios, Macario, si tú nunca habías hablado así! ¿Cuándo has ido a los periódicos, ni mucho menos al Parlamento, para hablar y....

—No, señor, yo no *hi* ido, gracias a Dios, no crea *usté* que me pena. Pero podía haber ido, que yo antes no sabía nada de esto, hasta que *m'ha* *enterao* el señor Francisquico. Y, cuando *m'hi* *enterao*, *hi* sabido que *acmás* de la *constitución* *nus* han *quita*o el Parlamento.

—Pero, vamos a ver, Macario; de la manera como funcionaba el Parlamento, ¿tú me quieres decir para qué servía y qué utilidad reportaba a la nación?

—Pero *nus* *desahogábamos*, señor, *nus* *desahogábamos* y no que *ahura* *nus* tenemos que tragar *to* las palabras, no las podemos *gomitar* y *nus* va a dar alguna indigestión.

—Pero, hijo mío, por Dios, si tú ni has ido, ni en toda tu vida hubieras entrado en el Parlamento!

—Pero tenía *drecho* a entrar como *ca quisque*. Mañana u *esotro* tengo una *custión* de las que *acostumbro* con la *siñá* Braulia; pues no me voy a poner a gritar en la calle, ni aquí, en casa; mientras que, si no *hubián* *cerrao* ese edificio, me voy allí y me *desahogo* gritando y diciendo *picardías*, hasta que se *m'hubiá* *pasao*.

—Pero, hombre, ¡si el Parlamento

ese no estaba más que en Madrid y tú estás en Zaragoza?

—Pero ¿quién me dice a mí que mañana no voy a *Madrid*, y luego a la estación y me *topeto* con la *siñá* Braulia que s'ha ido *tamién* a *Madrid*, y me coge y me llena de picardías como acostumbra? Vamos a ver, ¿qué hago yo? ¿Voy a gritar allí *pa* que vengan los guardias y me lleven a la aduana? No, *siñor*, que yo soy una persona *ducada* y no me gusta dar escándalos, sino que cojo el montante y *chana, chana, chana*, al Parlamento y allí me tumbo tripa arriba y empiezo a echar por mi boca hasta que me canse.

—¿Pero si la señora Braulia no estará allí y no te oirá!

—Ya se lo contarán, que en *Madrid* to se sabe. Y así es mejor, porque, cuando ella se entere, ya estoy yo en Zaragoza y no me comprometo. Pues ¿qué le diré a *usté* de los periódicos? que no les dejan decir nada y vienen hechos un adefesio. Van a escribir del *ray*; alto, no me toque *usté* la casa *rial*. Va *usté* a hablar del Ebro; silencio, no me toque *usté* la marina, que se pondrá el tío *Toni* hecho un demonio; que m'ocurre a mí escribir sobre el canal de *Pinatelli*; quieto y no te metas con el Canal de la mancha, que bastantes manchas llevo yo *pa* que vayas a *metete* en más, ¡*giéno* te pondrías! Así que vienen los periódicos que no se *puen ler*.

—Pero, si tú nunca has leído periódicos...

—Ni cuenta que llevo; pero con esto que he sabido, menos. Pero, supóngase *usté* que mañana, pongo por ejemplo, sale *usté* a la calle y le pegan un tiro y lo dejan allí seco como un esparto. Van con la noticia al periódico *pa* que la pongan y les dice el *Gobernaor*, u el que sea: "alto, de este tiro nada, no me toque *usté* la guerra europea". Y llega mediodía y *usté* no viene a casa. ¿Qué *ac venir*, si está *usté* tendido y *crúzao* en la acera! Llega la noche, igual. Espero yo hasta las diez con la cena puesta, ídem de ídem, y me tengo que acostar exponiéndome a que venga *usté* a media noche y me rompa el sueño *pa* bajar a *abrile*. Llega la mañana, lo *mesmo*, *usté* sin venir. Hasta que salgo a la calle *pa* dar parte y me lo tropiezo *crúzao* en la acera, que aún le sale la sangre caliente de la herida que ha *estao* manando *to* la noche como un río. Y *too* por no dejar que los diarios se despachen a su gusto. Pues lo *mesmo* que *hi estao vainticuatro* horas sin saber su muerte de *usté*, podían haber *pasao vainticuatro* días, u *vainticuatro* años. ¡Y qué muerte, Dios mío, al salir de casa, sin decir Jesús!

—Pero, por Dios, hombre, por Dios, ¡si no me he muerto!

—Ya lo sé, *na* más faltaba eso; pero, *quié icise* que, si a los periódicos les dejaran hablar, no m'importaría nada, porque viene el tío *Tribulete*, que lee *to* los días el diario, me lo pone en las narices y me dice: "Lee, mira lo que dice ahí de tu *siñor*, que l'ha *debio* pasar algo grave..."

—Eres capaz de apurar la paciencia al hombre más santo. Todo son suposiciones y más suposiciones que, a lo mejor, te da la manía de tomarlas como realidades, y te armas un

baturrillo que hay que ver. Mira, hijo mío, el verdadero mal para los pueblos no son las monarquías, ni las repúblicas, ni las dictaduras; sino las malas personas, o las circunstancias que las hacen malas. Yo sólo sé una cosa, que no podíamos estar peor de lo que estábamos, y ahora no nos va tan mal. Tenemos paz, vamos adquiriendo prestigios apagados, no hay pistolismo, el que la hace la paga, y ¿qué más queremos para ir saliendo adelante con el carro, que se había atascado ya? Dame buenas personas y todos los gobiernos son buenos; dame malas personas y no hay gobierno bueno. A veces son las circunstancias las que hacen que, gente personalmente buena, en la práctica resulte mala. De todos los modos, hijo mío, hemos de admirar una vez más a la Iglesia nuestra Madre, que en esto se la ve ir delante, con muchos años de ventaja. Ella no se inmuta por nada, si la oyen todos como si no la escucha nadie. Cuando predicaba hace tantos años contra las libertades de perdición, unos se callaban, no atreviéndose a ponerse de su parte; otros se reían de lo que llamaban rancias; la mayor parte se encogía de hombros, dando a entender que la cosa no estaba tan clara y que, desde luego, los tiempos no estaban para escupir en contra de lo que se admitía como un dogma. Pocos años han pasado y, en todas las naciones, se está predicando el mismo sermón: que hay que matar aquello si no se quiere que aquello nos mate a nosotros. ¿Quién nos lo había de haber dicho! Con la antorcha de la verdadera ciencia, encendida, en la mano, va recorriendo su camino, sin tener que retroceder jamás, porque ella es la depositaria de la verdad. Con su mirada clavada en el cielo, marcha segura, sin hacer caso de las disputas que suscita su presencia. Cesa la contienda, callan las disputas y todos vuelven sus ojos al viejo del Vaticano, que no se detiene y lleva en sus manos consagradas la salud de los pueblos. La Iglesia lleva un paso majestuoso; cuando ella pasa, lo que ella no inspira, todo se hunde; ella, sin inmutarse, sigue su paso, a través del mundo, recibiendo siempre nuevas fuerzas para marchar por la tierra y enseñar a todos la verdad. Y por hoy ni una palabra más.

EL MAGO.

¿MORIR?

¿Quiero morir, Señor! Triste y rendida os pido ayuda en mi pesar profundo. La vida, en algún tiempo apetecida, pesa sobre mis hombros como un mundo.

No quisiera quejarme del destino. Quisiera conformarme con mi suerte, y, andando sin temor por mi camino, esperar sin deseos a la muerte.

Mas ¡anhelo el descanso, Jesús mío! La energía del hombre es limitada; y yo, antes tan valiente, ya no fío de seguir siendo buena y resignada.

Pero, ¡perdón, perdón! ¿Qué estoy hablando?

Todos al mundo una misión traemos —la mía sé cuál es: rezar llorando— y cumplirla magnánimos debemos.

No volveré a quejarme de la vida. Escuchadme, Señor: Morir no quiero. Yo sufriré valiente y decidida...

¿Quién pedirá por él si yo me muero?

Aurelia Ramos.



ECOS DEL SAGRARIO

El amor es quien señala el peso y las dimensiones de las cruces.

Cuando se ama poco a Dios, el más pequeño sacrificio es cruz grande y pesadísima.

Cuando se le ama con toda el alma, las más grandes y pesadas cruces son sacrificio pequeñísimo.

Dar cuesta poco, sufrir cuesta más.

Por esto en las horas de sufrimiento es cuando mejor se muestra el amor que a Dios se tiene.

Procurar la felicidad del prójimo, esta es la verdadera caridad.

¡Qué hermoso oficio!

Es oficio de ángeles.

¡Cuán mejores seríamos, y de cuánta mayor paz disfrutaríamos si tuviéramos *más ojos* para ver a Dios y *menos* para ver a nuestros prójimos!

A las almas abnegadas es a quien más Dios se comunica.

Y la abnegación esto es: dejarle hacer lo que El quiere, y como El lo quiere, y por los caminos que El quiere.

A los tres que más amó llevó Cristo hasta la cima del Tabor.

Y al que más amó de los tres le fué concedido subir hasta la cima del Calvario.

Al pie de la Cruz es donde se asientan las grandes predilecciones de Cristo.

¿Manera de que no se turbe la paz del alma? ver en todo a Dios.

Cuando se sabe que Dios ha dispuesto una cosa, sea la que fuere, el alma no tiene más que una palabra, *fiat*; ni más actitud que esta, de profunda y tierna adoración.

Para el que las ve desde las alturas, todas las cosas *del llano* son pequeñas.

Para el que las ve desde Dios, todas son *pura nada*.

He aquí una señal de adelantamiento, la bondad con el prójimo.

Cuanta más miel tuvieres, más de Dios participas.

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



Superstición

(Conclusión)

Como dice la Sagrada Escritura: «El número de los necios es infinito»; cuando sacan justo el dinero para un pago, dicen, ya no me muero este año como cuando dos personas coinciden en el mismo pensamiento. Si se cae algo, alguien se acuerda de nosotros; si entra una mariposa blanca en la habitación, es que hay carta al día siguiente. ¡Pobres carteros, si no hubiese cartas más que cuando hay mariposas! Si suenan los oídos, es que hablan de nosotros. Y ¡cuántas veces ¡¡muchas!! hablan bien o mal, y los oídos no se aperciben!

Con la superstición va unida, muchas veces, la incredulidad, no formal, sino efecto de la ignorancia y mala educación en materia religiosa. Hay cosas que no deben atribuirse a malicia; así, personas hay que dicen: vamos a bautizar o que tome la primera Comunión, o se confiese fulano o zutana, porque así lo hemos visto siempre, y aunque no le sirva, así lo hemos visto. De modo que, esas personas obran, no por convicción ni por fe, sino por la costumbre, sin atender al bien espiritual que reporta. Porque, una de dos; o sirven los Sacramentos, o no sirven; si sirven, hay que obrar con la fe que requieren y que Jesucristo exige, y también la Iglesia, para su debida recepción; además de otras condiciones que todos conocen o deben conocer; y si no sirven (lo cual es una blasfemia que un cristiano ni debe pronunciar), están demás las Iglesias, los sacerdotes, los altares, los cementerios, el culto, en una palabra, todo lo que ennoblece, dignifica y junta al hombre con Dios, se destruye de un solo golpe la noción de bien y mal y el afán que el hombre tiene de felicidad y que ha de satisfacer en la otra vida, puesto que en ésta no existe sino muy poca y mezclada con lágrimas y desilusiones. Se figuran algunos que los Sacramentos son como las modas, a capricho. No, hay un Juez inexorable que ha de dar a cada uno según sus obras. Y así, no se confiesan, porque lo han visto así; no comulgan, porque así lo han visto, no van a misa, porque así lo han visto; en una pala-

bra, de las cosas de fe han visto casi nada, pero de las cosas del mundo están completamente impregnadas.

Diálogo

—Di, Gervasia, amiga mía, ¿Dónde vamos a parar?
Esto es cuestión de que pronto Lo tire todo a rodar.
—¿Qué ha sucedido, Afrodisia?
Algo te da que pensar;
De lo contrario, no hablarás
Como concluyes de hablar.
Dime pronto ¿qué sucede?
¿Para qué esos espavientos?
Por lo visto, esta mañana
Has corrido malos vientos.
—Tu tranquilidad me pasma,
Tu tranquilidad me espanta.
—No entiendo lo que me hablas;
Echa por esa garganta.
—No me insultes, pues ya sabes
Que no he querido ofenderte.
Pero hay cosas que sublevan
Hasta a la mujer más fuerte.
—Habrás querido decir,
A la mujer más decente,
A la mujer española
que es la mujer más prudente,
La que más se ha distinguido
Por su fe y su Religión,
Pues la mujer española
La lleva en su corazón.
Habrá excepciones; es cierto;
Pero ¿qué es una excepción?
Un paréntesis de envidia
Con puntos de irreligión.
—Por lo visto tú no sabes
Que aquí hay muchas excepciones,
Y que muchas van al baile
Como van a los sermones.
Hoy verás, si no lo has visto,
Que este mundo está al revés:
Los jóvenes con gran pelo
(Esto con mirar lo ves);
Las jóvenes, al contrario,
Contra todo parecer,
Han arrancado su adorno,
Que es el pelo en la mujer.
—¿Qué razón tienes en esto!
—Pues escúchame otra vez,
Y juzga tú por ti misma
Si es esto verdad o chochez.
—Tú dirás
—Tú bien lo sabes.
Los comercios de tejidos
Tienen que cerrar sus puertas,
Y es por falta de pedidos.
—Eso sí que no lo entiendo.
—¿Pues no ves que las mujeres,
Aunque llueve y aunque nieva,
Con el tiempo van a usar

El traje de Adán y Eva?
Además, visten lo mismo
La señora y la criada,
Y no podemos saber
Cuál se encuentra disfrazada.
—Yo creo que son las dos
Que quieren aparentar
Lo que el mundo les exige
Y el mundo no puede dar.
El mundo es un enemigo
De la pura honestidad,
Y hace pasar por virtud
Lo que no es sino maldad.
La hipocresía es la fuente
Donde beben sus legiones
El veneno que corrompe
Los sencillos corazones.
—Roguemos por tantos jóvenes
Que convierten su ilusión
En armas que repercuten
En su propio corazón.
—Pidamos, sí, muy de veras
Por las mujeres de hoy día,
Que desdennan con las modas
De Jesús la compañía.
Y cuando vayan a misa
Con cuerpo tan escotado,
Mediten la desnudez
De Jesucristo azotado,
Para que sepan obrar
Conforme a la Religión,
Y así puedan obtener
De nuestro Dios el perdón.

¿Sí o no?

Se acabó la esclavitud
Que afligía a los humanos;
Se acabaron las mazmorras
Que aprisionaban cristianos.
Se acabó la esclavitud,
Toda se acabó por fin,
Porque también están libres
Los cautivos de Ab-del-Krin.
Podemos estar contentos;
Todos podemos gozar;
Sin que a nuestro sueño siga
Un terrible despertar...
Pero, aunque a mí me aseguren
Que no existe esclavitud;
Yo aseguro que sí existe
Con terrible exactitud.
Las mujeres, sin distinguos,
Son esclavas de la moda,
Con los trajes y aderezos
Se pasan la vida toda;
Los muy ricos, del dinero,
El jugador, de la Bolsa,
Y vendrá después cualquiera
Que sus riquezas embolsa.
No me digáis que no existe,
Por tanto, la esclavitud,
Decid más bien que se oculta
Con máscara de virtud.

MARIANO SEBASTIAN IZUEL